

dorothy desana

**el
escuela-
drón
blanco**

Es preciso advertir que esta obra no es una novela. Es la historia, desde su fundación hasta su aniquilamiento, del Escuadrón Blanco, formación de voluntarios que por sus propios medios se dedicaba a reprimir el tráfico de esclavos y de drogas a través del desierto africano.

El relato, hecho por una mujer —la única que fue admitida a formar parte del Escuadrón—, tiene tales características de realismo que suprime cualquier duda sobre su autenticidad.

A los diecisiete años, la autora se escapó de su colegio en Roma para unirse a su tío, único pariente que tenía, y que formaba parte del Escuadrón Blanco. Luchando contra la firme oposición de los miembros del equipo, logró al fin persuadirlos de que le permitieran quedarse con ellos, y cuando su tío fue asesinado unos meses después, ella ocupó su lugar.

Esta historia que parece fantástica, está escrita por la única que podía narrarla: su protagonista, que ha vivido paso a paso todo lo que nos cuenta.

CAPÍTULO PRIMERO

DE CÓMO SE CONSTITUYÓ

El taxista árabe colocó mi equipaje en el suelo y partió dejándome en medio de una solitaria calle de un barrio residencial de Trípoli. Todo mi entusiasmo, que no había cesado de aumentar desde que abandoné Roma, se desvaneció en aquel momento como por encanto al darme cuenta, presa de pánico, de la enormidad de mi decisión, pese a que no ignoraba que ya no tenía remedio. ¡Me daba cuenta de ello demasiado tarde!

Antes que tuviera tiempo de llamar a la puerta de aquella casa de grandes dimensiones me abrió un joven alto, de cabello negro y ojos increíblemente azules. Vestía un terno de blanco lino cortado a la última moda europea. Se detuvo sorprendido al verme allí de pie.

Tartamudeé nerviosamente:

—He venido para quedarme con mi tío George. Soy Dorothy Desana.

—¡Y quién si no! La he reconocido en seguida por una fotografía que George tiene sobre su mesa de trabajo en Birket. Me llamo Riyan ebn Tewfik.

Me condujo a una habitación espaciosa y aireada, mientras me decía:

—No la esperábamos, ¿comprende? George cree que está usted todavía en el colegio.

Hablaba italiano correctamente pero con acento gutural.

Le observé con interés. Sabía muchas cosas de él por mi tío George, que me escribía extensas cartas describiendo su vida y trabajo en el desierto con el Escuadrón Blanco, pero no imaginé tuviera aquel aspecto. Riyan ebn Tewfik era un targui y pertenecía a una tribu tuareg conocida por Kel-Takouba, o Pueblo de la Espada.

Advirtió que estaba nerviosa y se afanó en demostrarme que podía considerarle como un amigo.

—¿Qué le ocurre, Doro? ¿La expulsaron del colegio? — Me sonreía, y nuestra amistad se inició en aquel instante.

—No: me escapé. ¡No podía resistirlo ni un día más! — Le observaba, y en aquel momento estaba realmente asustada—. ¿Se enfadará mucho mi tío George?

Riyan me animó con una sonrisa:

—La quiere a usted como si fuese su propia hija. No podría enfadarse con usted, pero es muy probable que la haga regresar a Roma. J

—¡No quiero volver! ¡No quiero volver!

Riyan, sonriente, se encogió de hombros.

—Su presencia aquí constituiría un estorbo. No hay mujeres aquí ni en Birket. —Y al ver mi consternado semblante me preguntó—: ¿Es verdaderamente tan dolorosa para usted la idea de volver al colegio?

—¡Prefiero morirme antes que regresar allí!

—Tal vez pueda hacer algo por complacerla... Lo intentaré. —Deslizó su delicada mano sobre su ensortijada cabellera y pude notar que estaba realmente preocupado—. George está en Birket. Le hablaré a Bruno Sensi. Es el jefe de aquí, ¿sabe usted?

Al dejarme sola eché una ojeada a la habitación. Había sillones alrededor de las mesas de café y juego; dagas y espadas, dispuestas artísticamente, decoraban las paredes junto con unos cuantos cuadros de paisajes de Europa. Por doquier se veían periódicos y revistas ingleses, franceses, italianos y árabes.

Aquella casa era el cuartel general del Escuadrón Blanco, una entidad privada integrada por jóvenes, la mayoría de ellos, como mi tío George oficiales del ejército retirados que llegaron a la conclusión de que si se unían podían hacer algo en ayuda de las víctimas de los dos grandes azotes del desierto: el tráfico de drogas y el de esclavos. Al principio sólo media docena de estos oficiales se reunieron con mi tío en el Cairo, y uno de ellos, un australiano llamado Will Mansfield, contó una historia que llegó a su conocimiento acerca de la esposa de un oficial británico que fue inducida a tomar drogas, cosa que finalmente la llevó al suicidio. Algunos de los otros oficiales repitieron historias que habían oído relatar, y pronto empezaron a estudiar los medios posibles de detener las caravanas que transportaban hachís a las ciudades del norte de África.

La dificultad en atrapar a los delincuentes provenía de la imposibilidad en que se hallaban los franceses e italianos de perseguir su presa más allá de sus fronteras. Por consiguiente, lo que se necesitaba era cualquier forma de organización policiaca internacional o independiente, pero de esto no existía nada en aquel entonces.

Mi tío y sus amigos vieron que podían realizar algo eficaz si organizaban una patrulla privada que operara arriba y abajo de la frontera oeste de Libia. Comentaron el proyecto con varios amigos, muchos de los cuales tenían razones personales para contribuir a la represión del tráfico de drogas.

A partir del momento en que se consiguió reunir cincuenta hombres jóvenes, tomó cuerpo la organización del grupo. Hubo no pocas discusiones privadas con los organismos militares oficiales, pero finalmente se convino que el Escuadrón Blanco recibiría el espaldarazo oficioso. La casa de Trípoli se convirtió en su cuartel general y en ella se instaló el capitán Bruno Sensi como jefe de estado mayor. Entretanto se incorporaron más jóvenes, y el total de los efec-

tivos fue lo bastante numeroso para patrullar dos zonas, con un puesto en Birket y otro en Tefousa.

El Escuadrón era, pues, una organización privada, no oficial, y todos sus miembros deseaban conservar el incógnito. Por otra parte, como debían sufragar sus necesidades personales por sí mismos, ya que no contaban con subvención económica de ninguna clase, era imprescindible que poseyeran bienes propios o familia acomodada que los ayudara económicamente. Además, dada la naturaleza de sus obligaciones y las condiciones en que se verían obligados a vivir, era absolutamente esencial que demostraran ser físicamente aptos, y a este fin debían someterse a una rigurosa preparación antes de encuadrarse en las patrullas del Escuadrón del Desierto, así como a un entrenamiento que no debía jamás interrumpirse. También era obligatorio que fueran tiradores de primera clase, por cuanto se convino con el mando militar que los miembros del Escuadrón podían llevar armas, aunque sólo las emplearían en caso de legítima defensa y cuando resultara ineficaz cualquier otro medio de hacer prisioneros. De todos modos, debían comprometerse a entregar con vida a los detenidos siempre que fuera posible; sin embargo, de considerarlo necesario, dispararían contra cualquiera que intentara fugarse.

Mi tío George, antiguo comandante, fue destinado al mando del puesto de Birket, un lugar aislado situado a unas ciento cincuenta millas al sur de Ghadames.

El Escuadrón debía su nombre al blanco uniforme que había adoptado. Sus miembros eran de distintas nacionalidades: italianos, franceses, españoles, egipcios, árabes, griegos, australianos e ingleses, además de algunos tuaregs de Birket. Debido a que operaban en lo que por aquel entonces era territorio italiano fue elegido el idioma de este país como la lengua oficial del Escuadrón.

En la época de mi llegada a Trípoli había cuarenta y ocho miembros del Escuadrón destacados en Birket.

Tenía la sensación de que Riyan se había marchado hacía ya mucho rato. La inmensa casa estaba silenciosa como una tumba, silencio que contribuía a mi nerviosidad.

Mi tío George me daba aquella dirección en sus cartas y no se me había ocurrido la posibilidad de que se hallara en el lejano desierto. Ahora debería entendérmelas con el capitán Sensi. ¿Qué podía decirle? ¿Y qué podía hacer él?

Esperaba ver un severo hombre de mediana edad, pero Bruno era un joven que apenas frisaría con la treintena, y más que de aspecto severo su semblante era afable. Me dio la bienvenida con suma cordialidad, pero me dijo inmediatamente, con un compungido suspiro:

—No sé cómo arreglarlo. Estoy seguro de que su tío no le habría permitido venir aquí. Es completamente imposible que permanezca usted entre nosotros hasta que él pueda obtener permiso para acompañarla a Italia. Tampoco podemos enviarla sola, y Birket no es lugar apropiado para una muchacha europea. (Tenía yo diecisiete años, rizado cabello negro, medía cinco pies y seis pulgadas y estaba muy delgada).

Bruno era demasiado cortés para decirme abiertamente: «Usted es una molestia y un estorbo», aunque indudablemente lo pensaba y yo me sentía avergonzadísima. Mi emocionante aventura se había convertido en una estúpida e imprudente escapada.

Seguidamente, tras una pausa, me preguntó:

—¿Por qué se escapó usted del colegio, querida?

—Me sentía terriblemente sola. No tengo en el mundo más que a mi tío George. Todas las otras chicas del colegio tienen familia y van a sus casas durante las vacaciones; en cambio yo debo permanecer en el colegio, y ya sufro sólo de pensar en las próximas. Deseaba con toda mi alma venir aquí y estar junto a mi tío George.

Bruno añadió amablemente:

—George me informó de que su padre murió y de que él es su único pariente. Lo siento. Lo siento de veras. Com-

prendo lo que a usted le sucede.

No, no lo comprendía. Los que no se encuentran en semejantes condiciones no saben lo que es carecer de hogar.

—De todos modos —prosiguió—, siempre es consolador disponer de medios de fortuna.

No supe hacer otra cosa que mirarle. El dinero sólo sirve para lograr las cosas materiales, pero no se puede comprar cariño con él. Tío George era la única persona que me quería.

Bruno suspiró con desaliento.

—Deberá usted quedarse aquí —dijo— hasta que localicemos a tío George y le digamos que...

Le interrumpí vivamente:

—¡No, por favor, no! Él puede... Él va a mandarme a Italia. ¡Quiero ir con él..., por favor..., por favor!

Bruno se encogió de hombros.

—La llevaré a su habitación. La comida se sirve a la una y media. Lo pensaremos nuevamente.

Me acompañó a una bien amueblada habitación: un sobrio dormitorio para hombres. En cuanto estuve sola me puse mi mejor conjunto de algodón y me esmeré en maquillarme cuidadosamente.

A la comida concurríamos catorce hombres y yo, seis de ellos de Birket, que habían venido al cuartel general con objeto de recoger suministros y debían regresar muy pronto. Bruno, Mirto Ceruti y Jean Barleon residían allí con carácter permanente y cuidaban del trabajo administrativo, ya que no eran lo bastante resistentes para el servicio activo en el desierto. Los otros procedían de Tefousa.

Supuse que Bruno ya había discutido con ellos acerca de mi problema, pues con gran alegría y sorpresa por mi parte dijo:

—Te voy a enseñar algunas cosas que te harán falta.

Riyan y Don Whitten, uno de los australianos de Birket, vinieron con nosotros.

—Vamos a proveer a Doro de un «guardaespaldas» — dijo Don, y añadió a guisa de augurio—: Nunca se sabe...

Yo no comprendía el significado de todo aquello. Bruno le miró de modo extraño, pero Riyan dijo:

—Hay que enseñarla a manejarla con eficacia antes de partir para el sur. Es tan sólo una prudente medida.

Bruno sacó de su funda una pistola marca Beretta, y después de examinarla cuidadosamente me la tendió.

—Observa cómo hay que hacerlo, Doro.

Me enseñó pacientemente a sostener el arma, cómo apuntar, disparar y cargarla.

Ya había notado que tanto él como los demás jóvenes del cuartel general se dirigían a mí empleando el diminutivo de mi nombre, seguramente por haberlo oído de mi tío George. Era evidente que procuraban hacerme grata la estancia y que me percatara así mismo de que me hallaba entre amigos.

Conseguí dar en el blanco al cuarto disparo, y después de esto me resistía a dejar el ejercicio, pero Bruno dijo que necesitaba le acompañara al mercado de camellos, situado en las afueras de la ciudad.

Escogieron para mí uno de color castaño, de espigadas patas y fachendosa apariencia, al que puse por nombre Kes. Por experiencia propia supe después que tenía muy buen genio y que era muy dócil, aunque tal vez un poco más lento que el resto de los animales del Escuadrón.

Dos días más tarde emprendí el camino hacia el sur de Birket, a lomos de Kes, con Riyan, Don, Ramón Quesada, Carlo Amedio, Nicola Festari y Sarim ebn Alik.

CAPÍTULO II

HACIA EL SUR, RUMBO A BIRKET

Vestía pantalones bombachos cuando bajé la escalera aquella mañana que abandonamos Trípoli para ir a Birket. Bruno me lanzó una mirada reprobatoria y me dijo:

—No puedes llevar esas prendas: te sentirías muy incómoda. Debí habértelo advertido. Riyan tiene que recorrer los bazares para adquirir los suministros. Vamos a equiparte con las prendas adecuadas.

Todos mis compañeros vestían blancas túnicas de lino cortadas del patrón militar italiano, con blanco *serwal*: pantalones anchos y abombados, que se ajustan en los tobillos. Se tocaban con un quepis de fieltro de copa alta con una banda de fino lienzo blanco que puede descorrerse sobre la cara para protegerse del sol y de la arena. En lugar de zapatos calzaban *nails*, es decir, simples suelas de cuero sujetas por correíllas, habituales en el Sahara. También llevaban blancos capotes de manga corta, del mismo estilo que los capotes azules de los tuaregs.

Hubo sus dificultades para dar con un *serwal* y una túnica de mi talla. Me dieron un par de sandalias, las más pequeñas que encontraron, pues ya no se trataba de que fuera exactamente de mi medida.

Hice un paquete con mis desechadas prendas, y lo dejé en el cuartel general en espera de mi regreso a Trípoli.

Exige un poco de esfuerzo acostumbrarse al *serwal*. La tela cuelga, hecha un lío, entre las rodillas, y los dedos de los pies se me enredaban con su parte inferior al andar; pe-

ro pronto aprendí a hacerlo con los pies algo separados y no tardé en advertir que resultaba un equipo adecuadísimo para cabalgar.

Riyan insistía en que llevara un capote y una banda sobre el quepis de fieltro. Yo temía que ello me causara excesivo calor, y me parecía ridículo envolverse de aquella manera con temperaturas que rozaban los cincuenta grados, pero me explicaron que el capote y el velo actúan a modo de barrera aislante del calor.

Cuando hicimos alto a mediodía, dos de los muchachos montaron una pequeña tienda para mí. Don me recomendó que intentara dormir durante media hora, pero me encontraba tan excitada y con tanto calor que no pude conseguirlo.

Aquella noche acampamos junto a un manantial situado al lado del camino, a unas cuarenta y cinco millas al sudoeste de Trípoli. Las llamadas rutas principales, por las que habíamos venido, estaban en muy mal estado, mas no obstante pudimos cabalgar durante todo el día. La impedimenta había sido cargada en su totalidad sobre los animales sobrantes, que marchaban a retaguardia, cada uno de ellos con una carga de doscientas libras, aunque vi otros menos afortunados que llevaban cargas todavía superiores. Pero los camellos no las toleran sin protestar, y cuando las consideran excesivas se remueven de un lado a otro hasta desparramar los bultos por el suelo.

Al día siguiente seguimos la misma ruta, dejando los cerros Djebel Nefoussa al sur. Avanzábamos rápidamente y proseguimos cabalgando hasta que se puso el sol, con objeto de alcanzar Malout al término de la ruta principal.

Me había ya acostumbrado a los saltos y balanceo de mi cabalgadura y no me mareaba. Me considero un buen jinete, porque no en balde empecé a tomar mis primeras lecciones de equitación cuando apenas contaba cinco años. Por otra parte la escuela de equitación que frecuenté en Roma estaba dirigida por un profesor muy exigente, y al

abandonarla creía conocer todo cuanto concierne al arte de montar. Pero Kes pronto advirtió que yo ignoraba lo más elemental referente a camellos e intentó sacar partido de ello, al igual que hacen todos estos animales. Riyan, que cabalgaba a mi lado, le dio un fustazo y me recomendó que lo fustigara en el cuello con mis desnudos pies —todos nos quitábamos las sandalias en cuanto estábamos montados—. Kes resoplaba coléricamente a pesar de que este trato no podía lastimarlo, pero se apresuró a mantenerse a la altura de los demás.

Dejamos Nalout poco después del amanecer y giramos hacia el sur, en dirección a Ghadames. El camino discurría a través de cerros y accidentado terreno; la temperatura aumentó súbitamente. Llegamos a un estrecho barranco. Riyan, que no se apartaba de mi lado, tomó su rifle, que al igual que los otros llevaba en bandolera, y lo puso sobre su regazo.

—¿Acaso teme una emboscada? —le pregunté.

—Hay tebus por aquí cerca. Nunca se sabe lo que puede ocurrir.

Eché una ojeada a mi Beretta y me pregunté si habría llegado el momento de usarla. Me infundió ánimos cuando la vi en su funda, sujeta al cinturón, pero pronto sentí que me abandonaban. Comencé a hablar para que Riyan no advirtiera que estaba asustada:

—Sé que pertenece usted al Kel-Takouba, el Pueblo de la Espada. Tengo entendido que cada targui adulto se cubre el rostro con un velo. ¿Por qué usted y Sarim ebn Alik no lo llevan?

—Nosotros lo llevamos mientras estamos en territorio tuareg, pero no encaja con las prendas europeas y se hace notar demasiado cuando nos encontramos en el norte.

—¿Por qué se alistó usted en el Escuadrón?

—Mi esposa, hermana de Sarim, fue asesinada por traficantes de esclavos.

—¿Me contará lo que sucedió, o le apena hablar de ello?

—Voy a contárselo para que comprenda por qué no llevo voluntariamente el velo sobre la cara y abandoné mi gente para perseguir al hombre que asesinó a mi Farel, así como los motivos que me llevaron a alistarme en el Escuadrón Blanco, contribuyendo al mismo tiempo a librar el desierto de hombres como él.

Le ocupó bastante rato contarme la historia, que era verdaderamente dramática.

Tanto él como Farel tenían diecinueve años cuando se casaron en Amgar, un viejo poblado que los Kel-Takouba conquistaron a los árabes hacía mucho tiempo, y que estaba en aquel entonces casi en ruinas, pues los tuaregs nunca construyen o reparan edificios. Cuando una casa deja de ser habitable ocupan otra, y si no la hay disponible montan su tienda en un sitio conveniente y moran en ella completamente satisfechos.

Cierto día, al cabo de tres años de completa felicidad, Riyan, acompañado de su esposa y de Sarim, hubo de desplazarse a un campamento distante para atender asuntos personales y permaneció ausente durante algún tiempo.

Durante el viaje de regreso, su caravana fue asaltada por traficantes árabes de esclavos, que fueron rechazados, pero Farel murió asesinada. Riyan y Sarim bañaron sus dagas en la sangre que manaba de la herida de Farel y juraron solemnemente que perseguirían y matarían a Othman ibn Sleyyman, el notable traficante de esclavos, a quien reconocieron durante el asalto.

Siguieron juntos y solitarios su pista, después de enviar los restantes hombres a Amgar. El tiempo que emplearon en enterrar a los caídos en la lucha y reorganizar la caravana dio a Othman ibn Sleyyman una considerable ventaja, pero a pesar de ello le habrían alcanzado si no los hubiese detenido una violenta tormenta de arena cerca de Oum el Arneb. Las huellas se bifurcaban allí en varias direcciones.

Othman había naturalmente evitado el poblado a fin de no toparse en él con una guarnición del cuerpo italiano de Zapadores. La tormenta había desvanecido todas las trazas de los excrementos de los animales, que eran las huellas que guiaban a Riyan y Sarim, que perdieron bastante tiempo siguiendo cada una de las pistas que creyeron los conducirían hasta los fugitivos. Algunas de ellas se interrumpían muy pronto, y otra los indujo a seguir una ruta con tan pocas referencias que incluso llegaron a perder su propio camino.

Decidieron regresar a su poblado, resignándose a esperar que el asesino volviera nuevamente al sur, pues sabían que tarde o temprano pasaría por el antiguo Camino de la Sal, donde había asaltado la caravana. Le aguardarían y permanecerían vigilantes, sin desmayar, no importa el tiempo que transcurriera hasta que apareciera.

Cierta tarde llegaron al pozo de Ifertas, donde encontraron a Nicola Festari y Razman ibn Dhulmet, que habían acampado allí. Siempre que los hombres del desierto se encuentran por azar, se comunican sus impresiones. Riyan contó a Nicola su historia, y éste le persuadió para que ingresara junto con Sarim en el Escuadrón Blanco, explicándoles que de este modo tendrían en cada miembro del Escuadrón un amigo y aliado para ayudarlos en la persecución del asesino y colaborar al mismo tiempo en librar el desierto de otros hombres como Othman ibn Sleyyman.

Riyan y Sarim fueron a Birket con Nicola y Razman y pronto se convirtieron en dos de los más valiosos miembros del Escuadrón.

Y, por el momento, esperaban pacientemente.

Riyan añadió como resumen:

—Nos encontraremos; llegará el momento de ajustarle las cuentas.

Tío George me había dicho que los miembros del Escuadrón sólo tenían permitido disparar en legítima defensa, o si les era imposible capturar vivo a algún conocido trafi-

cante de esclavos o de drogas. ¿Cómo explicarse, pues, que Riyan abrigara el propósito de matar a Ibn Sleyyman, siendo como era un acto de venganza personal? No encontré al caso adecuada respuesta y tuve que seguir sin aclarar la incógnita.

Viniendo de la prolongada y accidentada barranca, el camino cruzaba una abierta y áspera zona con escasa vegetación, donde encontramos un campamento de beduinos. Recién llegada al desierto, no comprendía cómo aquella gente podía apacentar sus ovejas en pastos tan raquíuticos.

Aquella noche acampamos en el oasis de Sinaouen. Algunos soldados italianos, que en reducido número estaban de guarnición allí, conocían a los muchachos y me trataron con mucha amabilidad. El comandante del puesto me dijo que hallaría detestable el ambiente de Birket y que lo más juicioso sería que me volviera a Trípoli. Pensé que era muy pesimista, pero el hombre sólo intentaba prevenirme contra lo que me aguardaba.

Durante las siguientes noches acampamos en un terreno pedregoso. Tan lejos como abarcaba la vista se veían rocas y rojizo pedernal. El camino estaba trazado con estacas tan espaciadas que apenas eran visibles desde una de ellas a la siguiente. Cabalgamos mientras pudimos, pues nos veíamos obligados con frecuencia a echar pie a tierra para guiar nuestros camellos.

Seguíamos la costumbre tuareg de calzarlos con bolsas de blando cuero cuya base era de dura y espesa suela, y que iban atadas a los tobillos de los animales. Con semejante calzado los camellos hacían un ruido ensordecedor, pero ellos sabían que se les ponía por su propio bien y se resignaban finalmente a llevarlo. Estos animales nunca miran dónde ponen las patas, y si no se los guía cuidadosamente mientras caminan por terrenos accidentados pueden romperse los frágiles tobillos; además rehúsan caminar sobre pedruscos si sus pezuñas no están protegidas. Como los tuaregs calzan a sus camellos, a ello se debe que pue-